Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION 4260

A				B	R
				4	0
2	8	4	0	1	2
3	4	2	0	1	2
2	7	0	9	0	2
6	8	5	3	0	1



LA LLAVE

TRES DIAS

Página/2/3

Verano/12

GESTOS

(Por Juan José Millás) No hay gesto inocente ni pensamiento inocuo ni sueño inofensivo. Todo cuanto hacemos, fantaseamos o decimos se registra y queda almacenado en la caja negra de la conciencia. Una palabra dicha en nuestra juventud, una decisión tomada en la remota infancia, una sonrisa esbozada en la adolescencia pueden regresar años después con un significado sorprendente. Pero también las omisiones cuentan: aquella cita a la que no acudimos, la carta a la que no dimos respuesta o la llamada telefónica que fuimos dilatando hasta el olvido se inscriben en la zona oscura del recuerdo y allí duermen hasta que algo o alguien las despierta.

"Lleva cuidado con lo que deseas en la juventud, porque lo tendrás en la edad madura", dijo alguien, quizás un escritor cuyo nombre he olvidado. Naturalmente, no se refería al deseo explícito de ser pirata, ginecólogo o arquitecto, sino a lo que suele esconderse bajo cada uno de esos impulsos que la selectividad se encarga de desviar o de dirigir, quién sabe. Da igual, porque finalmente todos los gestos, todas las omisiones y todas las palabras que un individuo o una colectividad de individuos son capaces de almacenar en los sótanos del pensamiento forman una geografía extraña cuyo mapa solemos ver cuando ya es tarde. Si te internas en ese territorio, observarás, perplejo, la simetría atroz de la existencia. Verás también la minuciosidad inconsciente con la que uno traza su destrucción o su gloria. Nada es gratuito en esta topografía interior donde residen las sucesivas identidades que has poseído y que hoy, a esta edad o a esta hora del día, conforman una unidad querida o detestada. Ese territorio fragmentado donde agoniza tu infancia, tu adolescencia, tu juventud, tu historia, parece recorrido por un hilo orgánico que reúne lo desigual, lo atroz, lo bello. Una rara homogeneidad da sentido al conjunto. Lo dijo otro escritor, tal vez Camus: "A partir de cierta edad, cada hombre es responsable de su rostro".

LA LLAVE

POR LUISA VALENZUELA

Nacida en Buenos Aires, Luisa Valenzuela ha sido reconocida como una de las escritoras más importantes en el panorama actual de las letras hispanoamericanas. En su obra se destacan las novelas "Hay que sonreír" (1966), "El gato eficaz" (1972), "Como en la guerra" (1977), "Novela negra con argentinos" (1990). Entre sus libros de cuentos figuran: "Los heréticos" (1967), "Aquí pasan cosas raras" (1975), "Libro que no muerde" (1980), "Cambio de armas" (1982), "Donde viven las águilas" (1983), "Cola de lagartija" (1984). A continuación se publican dos relatos inéditos.

Una muere mil muertes. Yo, por ejemplo, muero casi cotidianamente, pero debo reconocer que si todavía estoy acá para contar el cuento (o para que el cuento sea contado) se lo debo a aquello por lo cual tantas veces he sido y soy condenada. Gracias a esa virtud, como aprendí a llamarla aunque todos la llamaban feo vicio, y a mi capacidad deductiva: un poder casi innato no sólo para ver a través de ciertas trampas sino sobre todo para transmitir lo comprendido.

Ay, todo era tan difícil en aquel entonces. Dicen que sobreviví gracias a Dios o gracias a mis hermanos, mandados por Dios seguramente, que me liberaron del ogro.

Al menos eso es lo que me dijeron desde un principio. Ni un mérito propio me reconocieron, más bien todo lo contrario.

Los tiempos han cambiado y si he logrado llegar hasta las postrimerías del siglo XX algo bueno habré hecho, me digo y me repito, aunque cada dos por tres tratan de desprestigiarme nuevamente.

Tan buena no serás que ahora te estás presentando en la Argentina, ese arrabal del mundo, me dicen los resentidos (argentinos, ellos).

Aun así, aun aquí, la vida me la gano honradamente aprovechando mis condiciones innatas. Me lo debo repetir a menudo, porque suelen desvalorizarme tanto que acabo perdiéndome confianza, yo que aprendí tan bien a sacar fuerzas de flaquezas.

De esto sobre todo hablo en mis seminarios: cómo desatender las voces que vienen desde fuera y la condenan a una. Hay que ser fuerte para lograrlo, pero si lo logré yo que era una muchachita inocente, una niña de su casa, mimada, agraciada, cuidada, cepillada, siempre vestida con largas faldas de puntilla clara, lo pueden lograr muchas. Y más en estos tiempos que producen seres tan aguerridos.

Dicto mis seminarios con importante afluencia de público, casi todo femenino, como siempre casi todo femenino. Pero al menos ahora se podría decir que arrastro multitudes. Me siento necesaria. Y eso que, como dije al principio, una muere mil veces y yo he muerto mil veces mil; con cada nueva versión de mi historia muero un poco más o muero de manera diferente.

Pero hay que reconocer que empecé con suerte, a pesar de aquello que llegó a ser llamado mi defecto por culpa de un tal Perrault, que en paz descanse, el primero en narrarme.

Ahora yo me narro sola.

Pero en aquel entonces yo era apenas una dulce muchachita dulcísima, ni tiempo tuve de dejar atrás el codo de la niñez cuando ya me tenían casada con el hombre grandote y poderoso. Dicen que un poco lo elegí yo y él era tan rudo, con su barba de color tan extraño; quizá hasta logró enternecerme: nadie parecía quererlo.

Cierto es que él no hacía esfuerzos para que lo quisieran. Quizá por eso mismo me enterneció un poco.

No trato este delicado tema en mis seminarios. Al amor no lo entiendo demasiado por haberlo rozado apenas con la yema de un dedo. En cambio, de lo otro entiendo mucho. Se puede decir que soy una verdadera experta, y quizá por eso mismo el amor se me escapa y los hombres me huyen, a lo largo de siglos me huyen los hombres porque he hecho de pecado virtud y eso no lo perdonan.

Son ellos quienes nos señalan el pecado. Es cosa de mujeres, dicen (pero tampoco quiero meterme por estos vericuetos, hay sobre el tema tanta especialista, hoy día).

Digamos que sólo intento darles vuelta la taba, como se dice por estas latitudes.

Se me ha acusado desde siempre de un defecto que si bien pareció condenarme en un principio, acabó salvándome a la larga. Un defecto que aprendí —no sin gran esfuerzo y bastante dolor y sacrificio— a defender a costa de mi vida.

De esto sí hablo en mis grupos de reflexión y seminarios, y también en los talleres de fin de semana.

Los talleres son mis favoritos y los conduzco con sencillez y método:

El viernes al atardecer, durante el primer encuentro, narro simplemente mi historia. Cuando estoy inspirada cuento las diversas versiones, aclarando, por supuesto, que la primera es la cierta: me casé muy muy joven, me tendieron lo que algunos podrían considerar la trampa, caí en la trampa si se la ve de ese punto de vista, me salvé, sí, quizá para salvarlas un poquito a todas.

Hacia el fin de la noche, según la inspiración, lo agrando más y más al ogro de mi ex marido y le pinto la barba de tonos aterradores. No creo exagerar, de todos modos. Ni siquiera cuando describo su vastísima fortuna.

No fue su fortuna la que me ayudó a llegar hasta acá, me ayudó el talento que muchos me criticaron. La fortuna de mi marido, que naturalmente heredé, la repartí entre mis familiares más cercanos y entre los pobres. Al castillo lo dejé para museo aunque sabía que nadie lo iba a cuidar y que finalmente se derrumbaría, como en realidad ocurrió. No me importa, yo no quise ensuciarme más las manos. Preferí pasar hambre. Me llevó siglos perfeccionar el entendimiento gracias al cual realizo este trabajo de concientización, como se dice ahora.

El viernes, por lo tanto, sólo empleo material introductorio, pero las dejo a todas motivadas para los trabajos que las esperan durante el fin de semana.

El sábado a la mañana, después de unos ejercicios de respiración y relajamiento que fui incorporando a mi técnica después de haber dictado cursos en California, paso directamente a leerles la moraleja que allá por el 1600 se escribió de mi historia:

"A pesar de todos sus encantos, la curiosidad causa a menudo mucho dolor. Miles de ejemplos se ven todos los días. Que no se enfade el sexo bello, pero es un efímero placer. En cuanto se lo goza ya deja de ser tal y siempre cuesta demasiado caro."

¡Un efímero placer!, repito indignada, y mi indignación permanece intacta a lo largo de siglos. Un efímero placer, imagínense ustedes.

Y nadie se pregunta qué hubiera sido de mí, en un castillo donde había una pieza llena de mujeres degolladas y colgadas de las paredes, conviviendo con el hombre que había sido el esposo de esas mujeres y las había matado seguramente de propia mano. Algunas mujeres del seminario todavía no entienden. Que cuántas piezas tenía en total el castillo, preguntan, y yo les contesto como si no supiera hacia dónde apuntan y ellas me dicen qué puede hacernos una pieza cerrada ante tantas y tantas abiertas y llenas de tesoros y yo las dejo nomás hablar porque sé que la respuesta se la darán ellas mismas antes de concluir el seminario.

Las hay que insisten. Ellas, en principio, hubieran optado por una vida sin curiosidad, callada, a cambio de tantas comodidades.

¿Comodidades?, pregunto yo, retóricamente, ¿comodidades, frente a la puerta cerrada de una pieza que tiene el piso cubierto de sangre, una pieza llena de mujeres muertas, desangradas, colgadas de los ganchos y seguramente un gancho allí, limpito, esperándome a mí?

Todas ellas fueron víctima de su propia curiosidad, me dicen los manuales y muchas veces también me lo señala la gente que participa en los talleres.

¿Y la primera?, les pregunto tratando de conservar la calma. ¿Curiosidad de qué tendría la primera, y qué habrá visto?

En mis épocas de joven castellana prisionera —sin saberlo— del ogro, la suerte me ayudó a romper el círculo. De otra forma tengan por seguro que hubiera ido a integrar el círculo. La sola existencia de ese cuartito, por más secreta que fuera, hacía invivible la vida en el castillo.

Se genera mucha discusión a esta altura. Porque yo presento las opciones, y entre todas escarbamos en las opciones, y curioseamos, y nos entregamos a actividades bellamente femeninas: desgarramos velos y destapamos ollas y hacemos trizas al mal llamado manto de olvido, el muy piadoso según dice la gente.

Antes de terminar el trabajo del sábado, retomo el tema de la llave: y así como mi ex esposo me entregó cierto remoto día un gran manojo de grandes llaves, yo les entrego a ellas un gran manojo de grandes llaves imaginarias y dejo que se las lleven a sus casas y duerman con las llaves y sueñen con las llaves y entre las grandes llaves permitidas encuentren la llavecita prohibida, la de oro, y descubran qué habitación prohibida cierra esa llavecita, y descubran sobre todo si con la llave en la mano le dan la espalda a la habitación prohibida o la encaran de frente.

El domingo transcurre generalmente en un clima cargado de espera. Las mujeres del grupo me cuentan sus historias, el momento de la llavecita se demora en llegar, aparecen primero las puertas abiertas con las llaves permitidas, las ajenas. Hasta que alguna —la primera— se anima a mostrar por fin su llavecita de oro. Está siempre manchada de sangre.

Hasta yo a veces me asusto. A veces afloran muertos en estas exploraciones, pero lo que nunca falla es el incontrolable miedo.

Como me sucedió a mí, como les sucede a todas las que se animan a usarla, la llavecita se les cae al suelo por uno u otro motivo y queda manchada, estigmatizada para siempre. Esa mancha es sangre. En mi momento yo, para salvarme, traté de lavarla con lejía, con agua hirviendo, con vinagre, con los alcoholes más pesados de la bodega del castillo. Traté de pulirla con arenisca, y nada. Esa sangre es sangre para siempre. Yo traté de limpiar la llavecita de oro que con tantos reparos me había sido encomendada, todas las mujeres que he encontrado hasta ahora en mis talleres han hecho también lo imposible por lavarla, tratando de ocultar su trasgresión. ¡No usar esa llave! es la orden terminante que yo retrasmito el sábado no sin antes haber azuzado a las mujeres. No usar esa llave... aunque ellas saben que sí, que hay que usarla. Pero nunca están dispuestas a pagar el precio. Y tratan a su vez de limpiar su llavecita, o de perderla, o niegan el haberla usado o tratan de ocultármela porque el miedo a las represalias las aterra.

Todas, siempre igual, en todas partes, menos esta mujer hoy, ésta tan serena con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco. Levanta en alto el brazo como un mástil y en su mano la sangre de su llave luce más reluciente que la propia llave. La mujer la muestra con un orgullo no exento de tristeza, y no puedo contener el aplauso y una lágrima. Acá hay muchas como yo, dice.

Creo que mi lección finalmente se ha hecho carne. Barbazul debe de estar revolcándose en su tumba.



POR LUISA VALENZUELA

Nacida en Buenos Aires, Luisa Valenzuela ha sido reconocida como una de las escritoras más importantes en el panorama actual de las letras hispanoamericanas. En su obra se destacan las novelas "Hay que sonreír" (1966), "El gato eficaz" (1972), "Como en la guerra" (1977), "Novela negra con argentinos" (1990). Entre sus libros de cuentos figuran: "Los heréticos" (1967), "Aquí pasan cosas raras" (1975), "Libro que no muerde" (1980), "Cambio de armas" (1982), "Donde viven las águilas" (1983), "Cola de lagartija" (1984). A continuación se publican dos relatos inéditos.

LA LLAVE

Una muere mil muertes. Yo, por ejemplo, muero casi cotidianamente, pero debo reconocer que si todavía estoy acá para contar el cuento (o para que el cuento sea contado) se lo debo a aquello por lo cual tantas veces he sido y soy condenada. Gracias a esa virtud, como aprendí a llamarla aunque todos la llamaban feo vicio, y a mi capacidad deductiva: un poder casi innato no sólo para ver a través de ciertas trampas sino sobre todo para transmitir lo comprendido.

Ay, todo era tan difícil en aquel entonces. Dicen que sobreviví gracias a Dios o gracias a mis hermanos, mandados por Dios seguramente, que me liberaron del ogro.

Al menos eso es lo que me dijeron desde un principio. Ni un mérito propio me reconocieron, más bien todo lo contrario.

Los tiempos han cambiado y si he logrado llegar hasta las postrimerías del siglo XX algo bueno habré hecho, me digo y me repito, aunque cada dos por tres tratan de desprestigiarme nuevamente.

Tan buena no serás que ahora te estás presentando en la Argentina, ese arrabal del mundo, me dicen los resentidos (argentinos, ellos).

Aun así, aun aquí, la vida me la gano honradamente aprovechando mis condiciones innatas. Me lo debo repetir a menudo, porque suelen desvalorizarme tanto que acabo perdiéndome confianza, yo que aprendí tan bien a sacar fuerzas de flaquezas.

De esto sobre todo hablo en mis seminarios: cómo desatender las voces que vienen desde fuera y la condenan a una. Hay que ser fuerte para lograrlo, pero si lo logré yo que era una muchachita inocente, una niña de su casa, mimada, agraciada, cuidada, cepillada, siempre vestida con largas faldas de puntilla clara, lo pueden lograr muchas. Y más en estos tiempos que producen seres tan aguerridos.

Dicto mis seminarios con importante afluencia de público, casi todo femenino, como siempre casi todo femenino. Pero al menos ahora se podría decir que arrastro multitudes. Me siento necesaria. Y eso que, como dije al principio, una muere mil veces y yo he muerto mil veces mil; con cada nueva versión de mi historia muero un poco más o muero de manera diferente.

Pero hay que reconocer que empecé con suerte, a pesar de aquello que llegó a ser llamado mi defecto por culpa de un tal Perrault, que en paz descanse, el primero en narrarme.

Ahora yo me narro sola.

Pero en aquel entonces yo era apenas una dulce muchachita dulcísima, ni tiempo tuve de dejar atrás el codo de la niñez cuando ya me tenían casada con el hombre grandote y poderoso. Dicen que un poco lo elegí yo y él era tan rudo, con su barba de color tan extraño; quizá hasta logró enternecerme: nadie parecía quererlo.

Cierto es que él no hacía esfuerzos para que lo quisieran. Quizá por eso mismo me enterneció un poco.

No trato este delicado tema en mis seminarios. Al amor no lo entiendo demasiado por haberlo rozado apenas con la yema de un dedo. En cambio, de lo otro entiendo mucho. Se puede decir que soy una verdadera experta, y quizá por eso mismo el amor se me escapa y los hombres me huyen, a lo largo de siglos me huyen los hombres porque he hecho de pecado virtud y eso no lo perdonan.

Son ellos quienes nos señalan el pecado. Es cosa de mujeres, dicen (pero tampoco quiero meterme por estos vericuetos, hay sobre el tema tanta especialista, hoy día).

Digamos que sólo intento darles vuelta la taba, como se dice por estas latitudes.

Se me ha acusado desde siempre de un defecto que si bien pareció condenarme en un principio, acabó salvándome a la larga. Un defecto que aprendí —no sin gran esfuerzo y bastante dolor y sacrificio— a defender a costa de mi vida.

De esto sí hablo en mis grupos de reflexión y seminarios, y también en los talleres de fin de semana.

Los talleres son mis favoritos y los conduzco con sencillez y método:

El viernes al atardecer, durante el primer encuentro, narro simplemente mi historia. Cuando estoy inspirada cuento las diversas versiones, aclarando, por supuesto, que la primera es la cierta: me casé muy muy joven, me tendieron lo que algunos podrían considerar la trampa, caí en la trampa si se la ve de ese punto de vista, me salvé, sí, quizá para salvarlas un poquito a todas.

Hacia el fin de la noche, según la inspiración, lo agrando más y más al ogro de mi ex marido y le pinto la barba de tonos aterradores. No creo exagerar, de todos modos. Ni siquiera cuando describo su vastísima fortuna.

No fue su fortuna la que me ayudó a llegar hasta acá, me ayudó el talento que muchos me criticaron. La fortuna de mi marido, que naturalmente heredé, la repartí entre mis familiares más cercanos y entre los pobres. Al castillo lo dejé para museo aunque sabía que nadie lo iba a cuidar y que finalmente se derrumbaría, como en realidad ocurrió. No me importa, yo no quise ensuciarme más las manos. Preferí pasar hambre. Me llevó siglos perfeccionar el entendimiento gracias al cual realizo este trabajo de concientización, como se dice ahora.

El viernes, por lo tanto, sólo empleo material introductorio, pero las dejo a todas motivadas para los trabajos que las esperan durante el fin de semana.

El sábado a la mañana, después de unos ejercicios de respiración y relajamiento que fui incorporando a mi técnica después de haber dictado cursos en California, paso directamente a leerles la moraleja que allá por el 1600 se escribió de mi historia:

"A pesar de todos sus encantos, la curiosidad causa a menudo mucho dolor. Miles de ejemplos se ven todos los días. Que no se enfade el sexo bello, pero es un efímero placer. En cuanto se lo goza ya deja de ser tal y siempre cuesta demasiado caro."

¡Un efímero placer!, repito indignada, y mi indignación permanece intacta a lo largo de siglos. Un efímero placer, imagínense ustedes.

Y nadie se pregunta qué hubiera sido de mí, en un castillo donde había una pieza llena de mujeres degolladas y colgadas de las paredes, conviviendo con el hombre que había sido el esposo de esas mujeres y las había matado seguramente de propia mano. Algunas mujeres del seminario todavía no entienden. Que cuántas piezas tenía en total el castillo, preguntan, y yo les contesto como si no supiera hacia dónde apuntan y ellas me dicen qué puede hacernos una pieza cerrada ante tantas y tantas abiertas y llenas de tesoros y yo las dejo nomás hablar porque sé que la respuesta se la darán ellas mismas antes de concluir el seminario.

Las hay que insisten. Ellas, en principio, hubieran optado por una vida sin curiosidad, callada, a cambio de tantas comodidades.

¿Comodidades?, pregunto yo, retóricamente, ¿comodidades, frente a la puerta cerrada de una pieza que tiene el piso cubierto de sangre, una pieza llena de mujeres muertas, desangradas, colgadas de los ganchos y seguramente un gancho allí, limpito, esperándome a mí?

Todas ellas fueron víctima de su propia curiosidad, me dicen los manuales y muchas veces también me lo señala la gente que participa en los talleres.

¿Y la primera?, les pregunto tratando de conservar la calma. ¿Curiosidad de qué tendría la primera, y qué habrá visto?

En mis épocas de joven castella prisionera —sin saberlo— del ogro, la suerte me ayudó a romper el círculo. De otra forma tengan por seguro que hubiera ido a integrar el círculo. La sola existencia de ese cuartito, por más secreta que fuera, hacía invivible la vida en el castillo.

Se genera mucha discusión a esta altura. Porque yo presento las opciones, y entre todas escarbamos en las opciones, y curioseamos, y nos entregamos a actividades bellamente femeninas: desgarramos velos y destapamos ollas y hacemos trizas al mal llamado manto de olvido, el muy piadoso según dice la gente.

Antes de terminar el trabajo del sábado, retomo el tema de la llave: y así como mi ex esposo me entregó cierto remoto día un gran manojo de grandes llaves, yo les entrego a ellas un gran manojo de grandes llaves imaginarias y dejo que se las lleven a sus casas y duerman con las llaves y sueñen con las llaves y entre las grandes llaves permitidas encuentren la llavecita prohibida, la de oro, y descubran qué habitación prohibida cierra esa llavecita, y descubran sobre todo si con la llave en la mano le dan la espalda a la habitación prohibida o la encaran de frente.

El domingo transcurre generalmente en un clima cargado de espera. Las mujeres del grupo me cuentan sus historias, el momento de la llavecita se demora en llegar, aparecen primero las puertas abiertas con las llaves permitidas, las ajenas. Hasta que alguna —la primera— se anima a mostrar por fin su llavecita de oro. Está siempre manchada de sangre.

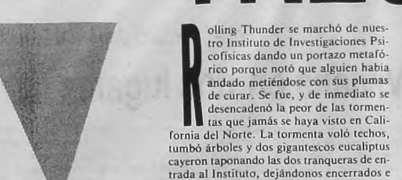
Hasta yo a veces me asusto. A veces afloran muertos en estas exploraciones, pero lo que nunca falla es el incontrolable miedo.

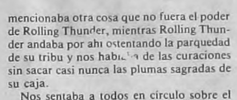
Como me sucedió a mí, como les sucede a todas las que se animan a usarla, la llavecita se les cae al suelo por uno u otro motivo y queda manchada, estigmatizada para siempre. Esa mancha es sangre. En mi momento yo, para salvarme, traté de lavarla con lejía, con agua hirviendo, con vinagre, con los alcoholes más pesados de la bodega del castillo. Traté de pulirla con arenisca, y nada. Esa sangre es sangre para siempre. Yo traté de limpiar la llavecita de oro que con tantos reparos me había sido encomendada, todas las mujeres que he encontrado hasta ahora en mis talleres han hecho también lo imposible por lavarla, tratando de ocultar su trasgresión. ¡No usar esa llave! es la orden terminante que yo retrasmito el sábado no sin antes haber azuzado a las mujeres. No usar esa llave... aunque ellas saben que sí, que hay que usarla. Pero nunca están dispuestas a pagar el precio. Y tratan a su vez de limpiar su llavecita, o de perderla, o niegan el haberla usado o tratan de ocultármela porque el miedo a las represalias las aterra.

Todas, siempre igual, en todas partes, menos esta mujer hoy, ésta tan serena con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco. Levanta en alto el brazo como un mástil y en su mano la sangre de su llave luce más reluciente que la propia llave. La mujer la muestra con un orgullo no exento de tristeza, y no puedo contener el aplauso y una lágrima. Acá hay muchas como yo, dice.

Creo que mi lección finalmente se ha hecho carne. Barbazul debe de estar revolcándose en su tumba.

TRES DIAS





Rolling Thunder se marchó de nuestro Instituto de Investigaciones Psicofísicas dando un portazo metafórico porque notó que alguien había andado metiéndose con sus plumas de curar. Se fue, y de inmediato se desencadenó la peor de las tormentas que jamás se haya visto en California del Norte. La tormenta voló techos, tumbó árboles y dos gigantescos eucaliptus cayeron taponando las dos tranqueras de entrada al Instituto, dejándonos encerrados e incomunicados.

Pero nosotros sabemos que hubo un hiato de tres días.

Tomamos las plumas un martes por la tarde, Rolling Thunder se fue el viernes como si acabara de descubrir el sacrilegio. ¿Esperó la tormenta? En ese caso fue el único en preverla, el servicio meteorológico nunca hizo la más mínima referencia a una tormenta.

Pero predecir no es lo mismo que generar.

Antes del desastre, en el Instituto no se mencionaba otra cosa que no fuera el poder de Rolling Thunder, mientras Rolling Thunder andaba por ahí ostentando la parquedad de su tribu y nos hablaba de las curaciones sin sacar casi nunca las plumas sagradas de su caja.

Nos sentaba a todos en círculo sobre el pasto y nos decía que las plumas eran para curar sí, y curaban, pero nosotros no podíamos ni empezar a soñar con usarlas, no podíamos buscar la salud propia sin antes curar al mundo, al universo. ¿Cómo quieren curarse de los males que andan cargando si cada día enferman más a la madre Tierra, la contaminan y la erosionan, la despueblan de sus seres naturales para superpoblarla de horrores, de ciudades y fábricas y centrales atómicas y supercarreteras? nos preguntaba. "Nosotros los indios somos guardianes de la tierra", nos repetía. "No decimos que somos los dueños de la tierra, no, nadie es dueño de la tierra. La tierra pertenece al Gran Espíritu, pero nos ha sido delegada. Somos los guardianes de la tierra. Dondequiera que vayan en esta tierra, si quedan indios, si queda algún sobreviviente, habrá siempre alguno que conocerá las leyes de la vida y de la tierra y del aire. Es ésta nuestra misión, así como otros han sido delegados para otros menesteres. Debemos trabajar juntos para crear una vida buena para todos, todos los que vivimos sobre esta Madre Tierra."

Nosotros bebíamos sus palabras, aunque a veces nos permitíamos alguna levísima objeción. Rolling Thunder insistía: "La Naturaleza es soberana y la naturaleza interna del ser humano es soberana. La Naturaleza debe ser respetada. Toda vida y todo ser viviente debe ser respetado. Es ésta la única respuesta."

Y se largaba a denunciar la tala de los bosques en la reservación, o el intento de plantificar allí un basurero biológico, o la contaminación de las aguas. Nosotros queríamos oír más sobre curaciones y plumas, algo que nos fuera útil, algo que pudiéramos aplicar y demostrar así que no estábamos perdiendo nuestro tiempo al escucharlo. Por eso suspirábamos, como disculpándonos: no se puede detener el progreso.

¿El progreso?, preguntaba entonces Rolling Thunder, incrédulo. Siempre enfrentaba nuestras insistencias con preguntas. Sólo afirmaba al dignarse hablar de sus plumas: la manera de cazar el águila, el respeto para con el águila que brindaría las plumas, su muerte ritual y la preparación de las plumas, el poder curativo de las plumas.

Lo anduvimos escuchando bastante embobados, hasta que Keith cayó enfermo con esa bruta fiebre. Sabíamos qué tenía; los médicos dijeron que no había esperanza pero pensamos que podríamos brindarle una, nosotros.

Le pedimos a Rolling Thunder, le rogamos, le imploramos.

Queríamos poner en práctica lo aprendido, demostrar por fin nuestros poderes. Rolling Thunder nos había enseñado lo básico de la ceremonia, la esencia; se nos presentaba ahora una inmejorable oportunidad de prueba.

No, dijo Rolling Thunder. Ustedes no pueden hacerlo, no son de la raza de las plumas.

Qué raza, de qué raza nos está hablando, le dijimos. Nosotros no creemos en razas.

Hablo de la raza que mantiene la armonía, la que no destruye por destruir. Siempre hay una armonía, dijo, siempre hay armonía. Si curamos acá vamos a enfermar otra parte del universo, hay que tener la conciencia hecha a esta noción. No pueden curar quienes no tienen la armonía, quienes sólo saben enfermar el universo. Otra cosa nos dijo, pero no le prestamos atención porque estábamos desesperados: Keith se nos iba muriendo entre las manos y en nuestras manos estaba el poder de curarlo.

"Cada caso de enfermedad y de dolor tiene su razón de ser (no quisimos escucharlo). Sabemos (dijo. Y pensamos: lo sabrá él, nosotros no sabemos, no nos interesa) que todo es resultado de algo y causa de algo más, y así en cadena. No se puede hacer desaparecer toda la cadena porque sí. A veces cierta enfermedad o dolor es inevitable porque es ése el menor precio posible que se paga por algo; se hace desaparecer la enfermedad y el precio se incrementa (de qué precio nos está hablando, él que se hace tan el desinteresado, pensamos). Por esta razón es que siempre nos tomamos tres días para concentrarnos en el caso, a ver si lo tomamos o no. Las personas pueden no conocer la respuesta, pero el espíritu sí la conoce y nos la transmite. Es ésta la tarea de un verdadero hombre de medicina."

Denos una prueba, una demostración, le pedimos.

No tengo nada que probar, no estoy en un circo que yo sepa, nos dijo y se retiró a meditar al bosque.

Eso ocurrió un domingo. El martes no aguantamos más: al alcance de la mano teníamos el poder de curación, el poder, el poder de devolverle la vida a Keith, el poder ser Rolling Thunder, el poder ser Dios.

En ausencia de Rolling Thunder le tomamos las plumas.

Las tomamos prestadas, a las plumas, como quien dice, mientras Rolling Thunder, seguramente para escaparle a la responsabilidad, pasaba el día meditando en el bosque.

Keith estaba en coma y nosotros hicimos la ceremonia lo mejor que pudimos. Rolling Thunder nos la había explicado, en abstracto, como quien habla de otra dimensión o de una realidad no compartible.

Abrimos el terreno sagrado fumando la pipa cuatro veces, dirigiéndonos a las cuatro direcciones.

al este de donde sale el sol,
al norte de donde viene el frío,
al sur de donde viene la luz,
al oeste donde se pone el sol.
Al padre Sol,
a la madre Tierra.

Y después trabajamos con las plumas sobre el cuerpo moribundo de Keith.

Al atardecer Keith se movió, se dio vuelta, suspiró. Pareció pasar del coma al sueño. Nos apuramos a dejar las plumas donde las habíamos encontrado, Rolling Thunder estaría por volver de su meditación.

Eso fue el martes, insisto. ¿Y recién el viernes se dio cuenta Rolling Thunder de que le habíamos andado usando sus benditas plumas?

Entonces se marchó de nuestro predio hecho una furia, y al ratito nomás el cielo azul azul se puso negro, retumbaron los truenos, el rolido de los truenos a distancia empezó a acercarse hasta que los truenos fueron precedidos por rayos que parecían caérsenos encima. Rayos como gigantísimas víboras de luz.

Así se desencadenó la célebre tormenta.

Queremos creer que Rolling Thunder tenía prevista la tormenta y se valió de ella como los sacerdotes egipcios del eclipse.

Reconocemos que la tormenta resultó aterradora. Sacudió la tierra, y el mar se levantó en olas que casi llegan al tope de los acantilados y arrasan con nosotros. Los árboles fueron arrancados de cuajo, un rayo partió en dos el eucaliptus centenario que nos taponó la entrada principal, segundos después otro rayo derrumbó el otro eucaliptus y quedamos así acorralados. La ruta inutilizada.

Se cortó el teléfono, la radio. Tardaron días en llegar a rescatarnos. No nos importó demasiado. Somos hombres de medicina, por fin; aprendimos y supimos aplicar a la perfección los secretos que de tan mala gana nos fueron revelados. Tenemos el poder, gracias a lo cual logramos el primero de nuestros cometidos:

A Keith le bajó totalmente la fiebre. Y se encuentra fuera de peligro según confirman sus médicos, azorados.

(A Maxine, que me contó esta historia verídica, a Doug Boyd por las citas de Rolling Thunder.)

TRES DIAS

Rolling Thunder se marchó de nuestro Instituto de Investigaciones Psicofísicas dando un portazo metafórico porque notó que alguien había andado metiéndose con sus plumas de curar. Se fue, y de inmediato se desencadenó la peor de las tormentas que jamás se haya visto en California del Norte. La tormenta voló techos, tumbó árboles y dos gigantescos eucaliptus cayeron taponando las dos tranqueras de entrada al Instituto, dejándonos encerrados e incomunicados.

Pero nosotros sabemos que hubo un hiato de tres días.

Tomamos las plumas un martes por la tarde, Rolling Thunder se fue el viernes como si acabara de descubrir el sacrilegio. ¿Esperó la tormenta? En ese caso fue el único en preverla, el servicio meteorológico nunca hizo la más mínima referencia a una tormenta.

Pero predecir no es lo mismo que generar.

Antes del desastre, en el Instituto no se mencionaba otra cosa que no fuera el poder de Rolling Thunder, mientras Rolling Thunder andaba por ahí ostentando la parquedad de su tribu y nos hablaba de las curaciones sin sacar casi nunca las plumas sagradas de su caja.

Nos sentaba a todos en círculo sobre el pasto y nos decía que las plumas eran para curar sí, y curaban, pero nosotros no podíamos ni empezar a soñar con usarlas, no podíamos buscar la salud propia sin antes curar al mundo, al universo. ¿Cómo quieren curarse de los males que andan cargando si cada día enferman más a la madre Tierra, la contaminan y la erosionan, la despueblan de sus seres naturales para superpoblarla de horrores, de ciudades y fábricas y centrales atómicas y supercarreteras? nos preguntaba. "Nosotros los indios somos guardianes de la tierra", nos repetía. "No decimos que somos los dueños de la tierra, no, nadie es dueño de la tierra. La tierra pertenece al Gran Espíritu, pero nos ha sido delegada. Somos los guardianes de la tierra. Dondequiera que vayan en esta tierra, si quedan indios, si queda algún sobreviviente, habrá siempre alguno que conocerá las leyes de la vida y de la tierra y del aire. Es ésta nuestra misión, así como otros han sido delegados para otros menesteres. Debemos trabajar juntos para crear una vida buena para todos, todos los que vivimos sobre esta Madre Tierra."

Nosotros bebíamos sus palabras, aunque a veces nos permitíamos alguna levísima objeción. Rolling Thunder insistía: "La Naturaleza es soberana y la naturaleza interna del ser humano es soberana. La Naturaleza debe ser respetada. Toda vida y todo ser viviente debe ser respetado. Es ésta la única respuesta."

Y se largaba a denunciar la tala de los bosques en la reservación, o el intento de plantificar allí un basurero biológico, o la contaminación de las aguas. Nosotros queríamos oír más sobre curaciones y plumas, algo que nos fuera útil, algo que pudiéramos aplicar y demostrar así que no estábamos perdiendo nuestro tiempo al escucharlo. Por eso suspirábamos, como disculpándonos: no se puede detener el progreso.

¿El progreso?, preguntaba entonces Rolling Thunder, incrédulo. Siempre enfrentaba nuestras insistencias con preguntas. Sólo afirmaba al dignarse hablar de sus plumas: la manera de cazar el águila, el respeto para con el águila que brindaría las plumas, su muerte ritual y la preparación de las plumas, el poder curativo de las plumas.

Lo anduvimos escuchando bastante embobados, hasta que Keith cayó enfermo con esa bruta fiebre. Sabíamos qué tenía; los médicos dijeron que no había esperanza pero pensamos que podríamos brindarle una, nosotros.

Le pedimos a Rolling Thunder, le rogamos, le imploramos.

Queríamos poner en práctica lo aprendido, demostrar por fin nuestros poderes. Rolling Thunder nos había enseñado lo básico de la ceremonia, la esencia; se nos presentaba ahora una inmejorable oportunidad de prueba.

No, dijo Rolling Thunder. Ustedes no pueden hacerlo, no son de la raza de las plumas.

Qué raza, de qué raza nos está hablando, le dijimos. Nosotros no creemos en razas.

Hablo de la raza que mantiene la armonía, la que no destruye por destruir. Siempre hay una armonía, dijo, siempre hay armonía. Si curamos acá vamos a enfermar otra parte del universo, hay que tener la conciencia hecha a esta noción. No pueden curar quienes no tienen la armonía, quienes sólo saben enfermar el universo. Otra cosa nos dijo, pero no le prestamos atención porque estábamos desesperados: Keith se nos iba muriendo entre las manos y en nuestras manos estaba el poder de curarlo.

"Cada caso de enfermedad y de dolor tiene su razón de ser (no quisimos escucharlo). Sabemos (dijo. Y pensamos: lo sabrá él, nosotros no sabemos, no nos interesa) que todo es resultado de algo y causa de algo más, y así en cadena. No se puede hacer desaparecer toda la cadena porque sí. A veces cierta enfermedad o dolor es inevitable porque es ése el menor precio posible que se paga por algo; se hace desaparecer la enfermedad y el precio se incrementa (de qué precio nos está hablando, él que se hace tan el desinteresado, pensamos). Por esta razón es que siempre nos tomamos tres días para concentrarnos en el caso, a ver si lo tomamos o no. Las personas pueden no conocer la respuesta, pero el espíritu sí la conoce y nos la transmite. Es ésta la tarea de un verdadero hombre de medicina."

Denos una prueba, una demostración, le pedimos.

No tengo nada que probar, no estoy en un circo que yo sepa, nos dijo y se retiró a meditar al bosque.

Eso ocurrió un domingo. El martes no aguantamos más: al alcance de la mano teníamos el poder de curación, el poder, el poder de devolverle la vida a Keith, el poder ser Rolling Thunder, el poder ser Dios.

En ausencia de Rolling Thunder le tomamos las plumas.

Las tomamos prestadas, a las plumas, como quien dice, mientras Rolling Thunder, seguramente para escaparle a la responsabilidad, pasaba el día meditando en el bosque.

Keith estaba en coma y nosotros hicimos la ceremonia lo mejor que pudimos. Rolling Thunder nos la había explicado, en abstracto, como quien habla de otra dimensión o de una realidad no compartible.

Abrimos el terreno sagrado fumando la pipa cuatro veces, dirigiéndonos a las cuatro direcciones.

al este de donde sale el sol,
al norte de donde viene el frío,
al sur de donde viene la luz,
al oeste donde se pone el sol.
Al padre Sol,
a la madre Tierra.

Y después trabajamos con las plumas sobre el cuerpo moribundo de Keith.

Al atardecer Keith se movió, se dio vuelta, suspiró. Pareció pasar del coma al sueño. Nos apuramos a dejar las plumas donde las habíamos encontrado, Rolling Thunder estaría por volver de su meditación.

Eso fue el martes, insisto. ¿Y recién el viernes se dio cuenta Rolling Thunder de que le habíamos andado usando sus benditas plumas?

Entonces se marchó de nuestro predio hecho una furia, y al ratito nomás el cielo azul azul se puso negro, retumbaron los truenos, el rolido de los truenos a distancia empezó a acercarse hasta que los truenos fueron precedidos por rayos que parecían caérsenos encima. Rayos como gigantísimas víboras de luz.

Así se desencadenó la célebre tormenta.

Queremos creer que Rolling Thunder tenía prevista la tormenta y se valió de ella como los sacerdotes egipcios del eclipse.

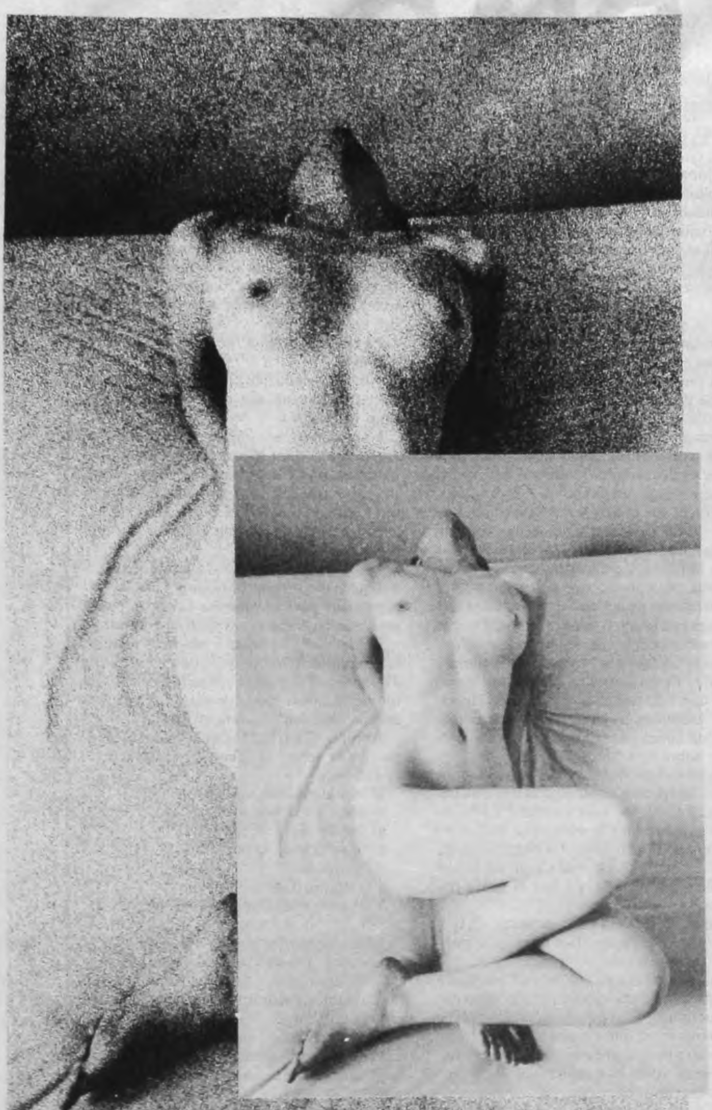
Reconocemos que la tormenta resultó aterradora. Sacudió la tierra, y el mar se levantó en olas que casi llegan al tope de los acantilados y arrasan con nosotros. Los árboles fueron arrancados de cuajo, un rayo partió en dos el eucaliptus centenario que nos taponó la entrada principal, segundos después otro rayo derrumbó el otro eucaliptus y quedamos así acorralados. La ruta inutilizada.

Se cortó el teléfono, la radio. Tardaron días en llegar a rescatarnos. No nos importó demasiado. Somos hombres de medicina, por fin; aprendimos y supimos aplicar a la perfección los secretos que de tan mala gana nos fueron revelados. Tenemos el poder, gracias a lo cual logramos el primero de nuestros cometidos:

A Keith le bajó totalmente la fiebre. Y se encuentra fuera de peligro según confirman sus médicos, azorados.

(A Maxine, que me contó esta historia verídica, a Doug Boyd por las citas de Rolling Thunder.)





LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

1. Viviana en dos lugares

—Es mentira que las putas no gozan —se dijo Viviana. Desde su escritorio de empleada, ella recuerda la revelación, bajo el cuerpo de un hombre cualquiera, después de aquellas dos semanas terribles, ella tenía puesto un pulóver porque hacía frío y porque el hombre sólo había pagado la tarifa mínima que le daba derecho a sexo pero no a desnudez total, dos semanas después de haberse presentado, sola como siempre, en el videobar del prostíbulo, se le rompió un taco al subir la escalera de la casa vieja. "Me voy, pregunto y me voy", las luces rojas ingenuas, el video apagado a esa hora, busca trabajo, sí, pase, el dueño la miró distraído, sin experiencia, no importa, mejor, tal vez ella se quedó porque el dueño la miró sin ganas, sin deseo, como quien está triste por otros motivos, Viviana recuerda, desde su escritorio de empleada en la salita donde varias mujeres, también aquí, esperan.

Dos semanas terribles en que Viviana, sola, aprendió a domar su cuerpo; con paciencia y rigor lo volvió ajeno y manejable como un animal adiestrado. Pero esa noche, bajo el desconocido que olía a alcohol y a cansancio, desde los íntimos pezones protegidos por la lana del pulóver, el placer, imprevisto como siempre, fluyó por ella hacia abajo, un mar de cumbres suaves hacia el sexo, es mentira que no gozan, que no gozamos, y era como si su sexo se riera, Viviana reía en su sexo y su risa derribaba los edificios altos de cartón pintado, la catedral, el obelisco, el cabildo de la ciudad de la mentira.

—Señorita Viviana —el doctor Bermúdez llama a su empleada pero ella no lo escucha. Nosotros, por la ventana de nuestro folletín, vemos a Viviana en el escritorio de la sala de espera, y por la ventanita de su recuerdo vemos los pezones plenos que aquel hombre no vio nunca, los muslos separados entonces y juntos ahora, encerrando el sexo ya húmedo, tras la protección del escritorio. Y Viviana se dejó ir, y el hombre se acopló como pudo, tal vez con fastidio de haber pagado por el placer de ella, o con el simple desconcierto de cada hombre ante la pequeña tormenta de cada mujer.

—¡Señorita Viviana!

—Disculpe.

Viviana se levanta, se alisa el guardapolvo. El doctor Bermúdez sonríe a sus pacientes en rápida excusa y la hace pasar al consultorio. Viviana espera junto a la camilla. El médico, casi de espaldas, termina de ordenar unos papeles, ella adivina el temblor en sus manos. Ahora el doctor se vuelve. La mirada de Viviana se detiene en la piel floja de la cara del hombre. La mano del doctor Bermúdez sube a tocar la cara de la muchacha, ella contiene un gesto de repulsión, él adivina el rechazo y los ojos le brillan con furor brevísimo. La mano del doctor baja por sobre el guardapolvo de Viviana. La mano del amo no tiembla ahora, se detiene sobre los pechos en turbia caricia; el doctor Bermúdez no ve los pezones que bajo la ropa se retraen, se defienden. "Después", la voz suave del doctor Bermúdez promete y ordena. Después, ha dicho, y ella debe contestar, contesta: Sí. El doctor la envía de nuevo a su escritorio, le roza las ancas al salir; Viviana vuelve a la salita mientras el doctor hace pasar a una paciente y cierra la puerta. El folletín se queda de este lado de la puerta, junto a Viviana; ella no sabe que la miramos, que conoceremos lo que jamás contará a nadie, las cosas extraordinarias de su vida y quién sabe si de su muerte. Viviana se ha sentado frente a las mujeres que esperan. Aún siente los dedos de Bermúdez en su cara. Un golpe de rabia como viento fuerte le arrebata las mejillas hasta asustarla, hasta hacerla sentir sin amparo ante su propio odio.

(Continuará.)

JUEGOS



SOPA DE LETRAS

ABOLENGO
ALCURNIA
ASCENDENCIA
CASTA
CLAN
CLASE
ESPECIE
ESTIRPE
FAMILIA
GENERACION
GENERO
GRUPO
LINAJE
ORIGEN
PUEBLO
RALEA
TRIBU

L	G	O	G	E	N	E	R	O	S	P	L
O	E	A	C	S	O	R	I	G	E	N	A
P	N	E	E	P	T	R	E	S	R	I	S
U	E	C	S	E	R	A	R	O	N	S	C
R	R	A	T	C	I	S	O	R	A	F	E
G	A	S	I	I	B	N	U	B	A	P	N
E	C	T	R	E	U	C	O	M	E	U	D
S	I	A	P	L	L	L	I	N	L	E	E
A	O	O	E	A	E	L	A	S	A	B	N
L	N	Q	U	N	I	L	E	M	R	L	C
C	A	S	G	A	C	D	E	L	E	O	I
I	T	O	A	N	E	J	A	N	I	L	A

ENIGMA

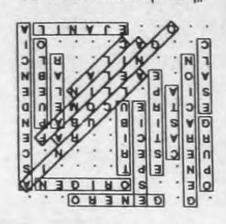
1. Un hombre anunció el discurso del presidente, pero no en "Con certeza" ni en el otro programa en que se vio la nota sobre la explosión de una bomba.
2. Mientras la conductora de "Aquí, hoy" anunciaba el descubrimiento de una medicina, otro programa (en que no trabajan mujeres) ponía en el aire el tema de los impuestos (error en el que Raúl no tuvo nada que ver).
3. La cámara sorprendió a Margarita cuando pellizcaba la mejilla de su apuesto secretario.
4. Clara no trabaja en el noticiero donde se emitió la nota del Zoo, ni en el otro en que se anunció el tema de los cerdos.
5. Raúl trabajo en "Noti Flash".
6. Daniel (que no conduce "Sin tapujos") anunció la nota sobre los asaltos a mano armada.
7. "TV Télex" (donde no trabajan mujeres) emitió la noticia de la protesta estudiantil en vez de la nota sobre el banquete oficial.

		PERIODISTA					ANUNCIO					SE VIO				
		Alberto	Clara	Daniel	Margarita	Raúl	Asaltos	Banquete	Cerdos	Discurso	Medicina	Bomba	Impuestos	Pellizco	Protesta	Zoo
PROGRAMA	"Aquí, hoy"															
	"Con certeza"															
	"Noti Flash"															
	"Sin tapujos"															
	"TV Télex"															
SE VIO	Bomba															
	Impuestos															
	Pellizco															
	Protesta															
	Zoo															
ANUNCIO	Asaltos															
	Banquete															
	Cerdos															
	Discurso															
	Medicina															

PROGRAMA	PERIODISTA	ANUNCIO	SE VIO

SOLUCIONES

1



"Los placeres raros son los que más deleitan."
Epicteto

"Aquí, hoy", Clara, medicina, bomba.
"Con certeza", Daniel, asaltos, impuestos.
"Noti Flash", Raúl, discurso, Zoo.
"Sin tapujos", Margarita, cerdos, pellizco.
"TV Télex", Alberto, banquete, protesta.